

Me llamo Andrés Coindre

Hermano Guy Brunelle

Preámbulo

La interpelación de Juan Pablo II a los cristianos de Lyon con motivo de la beatificación del Padre Chevrier me parece siempre muy pertinente:

Iglesia de Lyon, has sido bautizada en la sangre de tus mártires, acuérdate de tu fervor primero con el obispo Potino, el diácono Santo, la esclava Blandine. Es el primer testimonio que tenemos de los cristianos de la Galia: quedamos asombrados por su fuerza, su esperanza, su adhesión a Cristo vivo.

Esta llamada de Juan Pablo II me mueve a presentar otro lionés que participa, en fidelidad, con los padres y madres de la cristiandad de Lyon. Se trata del Padre Andrés Coindre.

Con un título que no puede ser más sencillo, **Me llamo Andrés Coindre**, conoceremos a un hombre de compasión, compasión en la Iglesia, compasión hacia los jóvenes. Devolvamos la palabra a Juan Pablo II:

Iglesia de Lyon, acuérdate del obispo Ireneo que, por toda la Iglesia, defendió la verdadera fe en el Verbo encarnado, verdadero Dios y verdadero hombre, en contra de los gnósticos que, entonces, trataban de disolver esta fe.

Iglesia de Lyon, acuérdate de todas las iniciativas tomadas por tus hijos e hijas a lo largo de los siglos para santificar a la Iglesia, servir a su unidad y ponerla al servicio de de la sociedad.

(Juan Pablo II, Lyon, 4 al 6 de octubre de 1986)

En **Me llamo Andrés Coindre**, descubriremos otro héroe de esta iglesia lionesa, rica en santidad: solo hay que recordar a Claudine Thévenet, Pauline Jaricot, el cura de Ars, el Padre Champagnat, el Padre Querbes, Ozanam.

Uno

Nací en 1787.

Más exactamente, el 26 de febrero, bajo del reinado de Luis XVI, en Lyon.

Era invierno.

Mi padre, Vicente, era sastre en la calle Santo Domingo.

Mi madre, María Mifflet, me recibió con ternura, como un don de Dios. ¡Por algo era su primogénito!

Al día siguiente, recibí el bautismo de manos del Padre Antoine-Joseph Lernois, del que hablaré más adelante.

Entré en la vida rodeado de afecto y de un cierto confort. Es verdad que había algunos disturbios populares (15 al 18 de agosto de 1787) que llegaban desde París, pero París está tan lejos...

En Lyon, la revuelta de los *canuts* de 1786 anticipó, de manera especial, los disturbios revolucionarios. La brutal represión obligó a los obreros de la seda a organizarse, y, sobre todo, a hacerlo en secreto.

Las fuerzas populares se reagruparon, editaron folletos para movilizar a la población, hicieron llegar convocatorias. A este clima agitado entre las masas trabajadoras, se sumó un mal año agrícola en 1788, que hizo escalar los precios y exacerbar las tensiones.

(Continuará)